

gún modo el de la comarca de su origen. Se presenta bajo diferentes formas: *vertragus*, *vertraha*, *veltraga*, *veltris*, francés antiguo *viautre*. Ovidio pinta de una manera admirable á este excelente perro en la persecución de una liebre con la cual lucha en velocidad y maña. Era ya famoso en esta época, y también antes, pues que Catulo lo toma para hacer una comparación con la risa de cierta dama. Marcial ensalza al *viautre* de la Galia, diciendo que es, á pesar de su impetuosidad, utilísimo para cobrar la pieza, cazando para su amo, y trayéndole la liebre sin deteriorarla. Encuéntrense también, estos lebreles, figurados en los monumentos fúnebres. Un pequeño bronce, publicado por Caylas, reproduce, según él dice, la figura de un lebrele galo.

Al lado de los sicambros y de los *viautres*, Gracio Falisco hace mención de los perros que él llama *petrones*, á los cuales no falta, según se expresa, sino contener sus trasportes y sorprender su presa en silencio. Viendo á estos perros, parangonados con los de la Galia en Gracio, se puede creer que pertenecían á las mismas comarcas; y observando que se llamaban *petrones* á los campesinos con los pies endurecidos por la costumbre de andar á través de guijarros y piedras, es permitido ver en los *canes petronii* el cinegético latino de los perros de callosas patas, propios para correr entre las rocas, semejantes á nuestros sabuesos. Notando, finalmente, la analogía de su nombre con el de *petronciles*, aproximados en las leyes bárbaras á los seguros y *viautres*, se llegará á la conclusión de que se trata de una misma especie, y que tanto los unos como los otros eran del mismo país. Por otra parte, se les tenía igualmente en grande estima.

En un bajo relieve del Museo del Capitolio se ven,



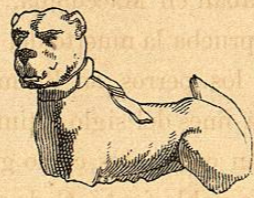
Perros galos

reunidos en la persecución de un jabalí, á perros de las dos especies. Uno de ellos, del que no se ve sino la cabeza, ofrece el tipo, bien fácil de reconocer, de nuestros perros de muestra y de nuestros sabuesos: el otro

puede ser tomado por uno de estos perros en los cuales habremos creído poder reconocer á los seguros, ó quizás (el bajo relieve que representa la caza de Calidón) el escultor ha querido figurar á un moloso.

Recordemos, para poner término á las razas de la Galia, que de este país se sacaba una especie de perros para entretenimiento ó distracción. Es probable que no formasen una especie particular, sino que eran el producto de una industria creada para satisfacer los caprichos de la moda, obteniéndose por selección. De esta suerte se formaron variedades más ó menos fecundas, y en general poco duraderas.

RAZA BRITÁNICA.—Tiene dos especies: el *buldog* y el conejero. Según Estrabón, la Bretaña producía perros excelentes para la caza: desgraciadamente no los describe. Claudio dice que eran de tal fuerza, que podían luchar con un toro, le saltaban al cuello, y no había medio de hacerles soltar la presa. «Conviene no fijarse, —dice Gracio,—en su belleza, á menudo engañosa. No



Buldog

se perderá el dinero ni el trabajo por irlos á buscar á su lejano país. Que se les vea cómo trabajan, y no se tendrá entonces sino una admiración exclusiva para los nobles molosos.» Nemesio se expresa casi en los mismos términos. Como sabuesos veloces es por lo que alaba á los bretones, ya empleados, por otra parte, en su tiempo, en el resto del imperio. Se trata allí del *buldog*.

La otra especie tardó más en ser conocida de los romanos. Es probable que sea el conejero. Opiano ha trazado de él el siguiente retrato: «Entre los perros que cazan á la pista, hay una especie verdaderamente pequeña, pero robusta: los bretones los denominaban *agasses*. Si se atiende á la talla de estos perros, parece que no tenían valor alguno: son glotones que se tienen en las casas alrededor de la mesa; el cuerpo es redondeado, poco caroso; el pelo espeso, el ojo perezoso, las patas armadas de fuertes uñas, la boca provista de dientes apretados y venenosos. El *agaso* tiene la nariz de una finura superior, etc.» En el siglo IV, estos perros, eran todavía, en Roma, bajo el nombre de *scoti* ó *scotici* (escocés), un objeto de curiosidad. Timmaco

dice que se llevaron siete á Roma, y, presentados á la vista del pueblo, en ocasión de una fiesta dada por un cuestor, excitaron la admiración de todo el mundo. Eran tan feroces que hubo de conducirlos en jaulas de hierro.

ESPECIES DIVERSAS.—Opiano es el único autor que habla de los perros de Tracia, que pueden ser cruzados ventajosamente con los carianos; de los perros sarmates, que conviene cruzar, según dice, con los ibéricos; y de los perros de Peonia, que se aparean bien con los de la raza cretense. Pólux, que en su lista había olvidado á los peonios, los cita luego como perros útiles para la guerra al lado de los magnetes de Lidia; y entre los perros célebres cita á un peonio, designándole con el nombre de *triacas*, que en algunas ediciones se indica que era un perro de Pannonia. Cabe preguntar si la raza peoniana era distinta de la de Tracia, que comprendía la Peonia, al menos en parte. ¿Era distinta de la pannoniana, de que únicamente habla Nemesio? Lo que hay de cierto es que los perros abundaban en Macedonia, y que eran muy feroces, como lo prueba la muerte del poeta Eurípides, despedazado por los perros en Bormiscos. El viajero Fonnini afirma, á fines del siglo último, que los perros de Macedonia eran excelentes como guardianes de las casas y aun de las poblaciones. Cada casa tenía varios; rondaban de día y de noche alrededor de sus viviendas, y eran terribles para los extraños. Todas estas comarcas, cuyos límites no han sido en tiempo alguno bien determinados, han sido teatro de numerosas emigraciones de pueblos que han llevado acá y allá, á distancias considerables, nombres idénticos. Se presenta la misma cuestión respecto de los perros de Iberia, citados por Opiano y por Menesio. ¿Se trata del país de Asia, que corresponde á la Georgia de hoy, ó de España?

¿Cuáles eran, en fin, estos perros samates mencionados dos veces por Opiano? Sin duda, los mismos alanos, de que habla un tratado de arte militar, que servían para los combates, y eran de una ferocidad extraordinaria. En suma: es de creer que varios escritores, quienes como Gracio, Falisco, Polux, Opiano, han dejado listas de razas caninas, han puesto sin examen, y también sin orden, los nombres que habían recogido acá y acullá. Y de esto se puede deducir que no eran bien conocidas entre los antiguos sino algunas razas principales reunidas en este cuadro.

RAZAS MESTIZAS.—Hemos afirmado, con la autoridad de Aristóteles, Opiano y demás escritores cinegéticos, que existía entre los antiguos la costum-

bre de practicar cruzamientos entre las razas principales de perros. Opiano es de opinión que para las grandes razas valía más conservarlas puras. No obstante, atestigua que se ha hecho el ensayo de mejorarlas mezclándolas. Lo que está menos probado es la posibilidad de obtener productos útiles con el cruzamiento del perro y diversos animales salvajes, como la zorra, el chacal y el lobo. Por lo que se refiere á la primera, no hay nada tan confuso como las raras indicaciones que se nos han transmitido sobre los alopecidos ó *cynalopeces*, que hemos resumido más arriba. Gracio Falisco atribuye al viejo cazador Hagnón de Beocia la creación de un mestizo del perro y del *thós* (que parece ser el chacal), y hace de este mestizo el mayor elogio. «Nada,—dice,—igual a su intrépidez, su sagacidad, su maña. Á pesar de ser pequeña su talla, ataca á los leones; feo y corto de piernas, se asemeja á la zorra: no es sino una especie de zarcero.»

En cuanto al cruzamiento del perro y del lobo, muy en uso en África, como habemos visto, parece haberse practicado también en Europa, por más que Buffón haya hecho en vano el ensayo. G. Cuvier cree que puede ser fecundo. Este naturalista cree también que, vista la semejanza de los lobos con nuestros perros de pastor, no es imposible que tomen su origen de esta mezcla. Plinio asegura que semejante género de cruzamiento estaba en uso en la Galia: pero Arriano, que habla con complacencia de los perros galos, no dice nada más de estos mestizos de perros y de lobo. Los nombres de *lysisca*, *lycitas*, *lycas*, que se encuentran en los autores, indicaban sin duda una simple semejanza. También nuestros perros lobos han recibido este nombre porque tienen alguna semejanza con el lobo por sus orejas y por lo largo del pelo. Los antiguos han conocido esta hermosa especie; más por esto no nos atreveríamos á afirmar que fuese la que ellos designaban con el nombre de *licisco*.

Algunos perros, representados en las esculturas de la época romana, tienen la fisonomía del lobo. Puede verse, en las *Piedras grabadas del Duque de Orleans*, á una bella cabeza de perro lobo, y á un individuo de la misma especie, en una cornalina antigua de la Biblioteca Nacional.

Concedían los antiguos cierto precio á los perros de raza y á la pureza de la sangre. Timmaco y San Ambrosio hablan de las genealogías de perros, tan cuidadosamente establecidas como las de las familias más aristocráticas, y aun se llegó á establecer fiestas para los aniversarios de su nacimiento (*natales canum dies*,

canum festos ac profestos dies); se trataba especialmente de los laconios y de los molosos.

SERVICIOS DEL PERRO.—Todo concurre á probar que el perro servía, desde su origen, para diversos usos: era á la vez cazador, defensor de la casa y guardián de rebaños. Varrón distingue el perro guardián del de caza, siendo el primero lo mismo que el perro de pastor, del cual se ocupa únicamente. Columela y Artemidoro dividían entre diversos perros la guarda de rebaños, la de las habitaciones y la caza.

Canis pecuarius pastoralis ó *pastoricus* (perro de pastor). Platón llama al perro de pastor el verdadero defensor de los rebaños. Desde los tiempos más remotos, su utilidad, bajo este punto de vista, es generalmente admitida: figura, á menudo, con este título, en las poe-



Perro de pastor

sías homéricas. Su tarea era á la sazón difícil y peligrosa, porque los animales feroces eran numerosos y atrevidos: á menudo tenían que defender, contra los leones, á los bueyes que pacían bajo su vigilancia. En la escena pastoril figurada en el escudo de Aquiles, hay cuatro pastores y nueve perros. Eumeo tenía cuatro para la defensa de su ganado: son grandes, fuertes como leones; tienen los dientes largos y ruidosos, como los de los lobos; el amo los amansa acariciándolos con la mano; el pastor al igual que el cazador se ocupa por sí mismo de los perros, les da alimento, ama á estos buenos compañeros que por doquier le siguen.

Ningún dato existe para afirmar que los perros de pastor perteneciesen á una sola raza. En los tiempos homéricos la raza predilecta fué el epirota; más tarde se empleó indiferentemente para la guarda de los rebaños el ágil laconio y el ardiente moloso.

Varrón recomienda las tres razas: epirota, laconia y salentina. Los perros representados en los monumen-

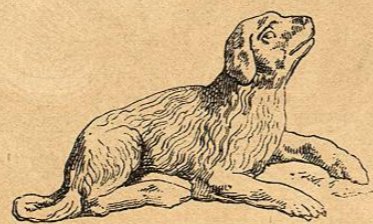
tos, acompañando á los pastores, ofrecen unas veces el tipo del perro de pastor, del dogo ó del mastín de gran talla, del lebrél grande ó de una mezcla de estas razas: el que se ve en el grabado está colocado al lado de Endymión dormido, en un bajo relieve del Museo del



Perro de pastor

Capitolio; otro está echado á los pies de Paris, en la pintura de un vaso griego del Museo del Eremitorio; el tercero, de pelo largo, guarda un rebaño de carneros, mientras que el pastor ofrece un sacrificio al dios Pan.

Indica minuciosamente Varrón las precauciones que deben tomarse para tener buenos perros: no deben ser demasiado viejos ni demasiado jóvenes; blancos, si es posible, para que se les distinga mejor de los lobos. Quiere Columela que el perro de pastor no sea tan endeble ni tan rápido como el perro de caza, ni tan grueso como el que vigila en la quinta ó en la granja; conviene que sea fuerte y ágil; guárdese cualquiera de comprar un perro que haya servido para la caza ó en la carnicería: son preferibles aquellos que ya han fre-



Perro de pastor

cuentado los rebaños, para que este animal se habitúe fácilmente á las cosas, y conviene, si se ha habituado ya á unas, no emplearle luego en otras, pues de esta suerte desempeña mejor su oficio. El número de los perros debe ser proporcionado á la importancia del rebaño: uno por pastor basta; y, aunque no se pueden establecer reglas fijas, es preciso determinarlas según fueren las necesidades de las localidades. En los tiempos homéricos, como que había que rechazar frecuentemente los ataques de los grandes carnívoros, el número de perros, conforme hemos visto, era más con-



UN BUEN EJEMPLAR